



Hacen el amor  
como si la muerte los acechara en cada despedida

—los salones vacíos y las calles solitarias,  
una vereda oculta entre los árboles  
y una hamaca arrullada por el viento

o la alfombra de una habitación llena de libros  
y unas literas en un lejano pueblo  
han sido fieles testigos.

Las tardes gastan sus minutos  
en la complicidad de una recámara  
y a veces, entre nubes de vapor,  
bajo la lluvia artificial de un baño  
juegan con la espuma a descubrir sus cuerpos.

Pero aún no saben si la soledad los amenaza:  
ahora que el insomnio se ha marchado,  
olvidan las crónicas de naufragios anteriores  
y se embarcan en las travesías de la piel  
o hacen votos  
para entregarse a la juventud y sus excesos.